

Los viajeros anónimos

El autobús perdido, de John Steinbeck, vuelve a mostrar la trastienda del sueño americano

UN CLÁSICO

Fernando Menéndez

» Hay quien no se quita la chaqueta jamás y hay quien se pasa la vida remangado. John Steinbeck era de los segundos. Una de las cosas que más llama la atención cuando habla de su trabajo como escritor es la determinación con la que cree en aquello que dice. Hasta tal punto, que es improbable que esté teorizando. Lo que afirma es una constancia, el resultado de unos actos. Tenía Steinbeck obsesión por los lápices, lo sabía todo: los grosores, las finuras, la adecuación entre lápiz y papel... En esos momentos es el artesano o el mecánico que conoce al dedillo sus herramientas; después es el escritor cuyo aliento se nota en la nuca. El autor de *Al este del Edén* no escribía por complacer. La editorial Nórdica vuelve a publicar una obra del escritor norteamericano, *El autobús perdido* (antes había publicado *Viajes con Charley*, *Los crisantemos* y *El invierno en mi corazón*), y su lectura me lleva a confirmar algo que debería parecerme evidente: que, a pesar de contar con obras monumentales, no existe en Steinbeck un libro menor. *El au-*



John Steinbeck. WIKIPEDIA

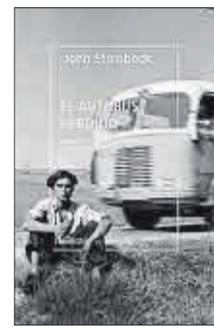
tobús perdido es la historia de un viaje (algo recurrente en el norteamericano), un viaje sin tanta tragedia como el de *Las uvas de la ira*, pero no por ello menos significativo: un modesto autobús de línea cubre la distancia entre dos pequeñas localidades de California. Si hay viaje, hay viajeros. Viajeros, en principio, anónimos, intercambiables por los del día siguiente, pero es ahí donde intervienen el ojo y la convicción de Steinbeck: los seres humanos tienen, por un lado, problemas comunes y, por otro,

sus problemas particulares. El escritor interviene entonces a través de una empatía propia del oficio: la de caracterizar a sus personajes de manera que el lector pueda percibirlos como propios y ajenos.

En el autobús de la novela viaja un grupo de pasajeros acompañados de sus frustraciones y de sus sueños. Podríamos decir que los protagonistas de *El autobús perdido* no renuncian a esa gran promesa de su patrimonio nacional que es el sueño americano. Aspiraciones modestas, ingenuas

en más de un caso, pero que sirven de acicate y de consuelo ante días que se parecen unos a otros. Con su escritura, Steinbeck siempre está dispuesto a dotar de dignidad a todos aquellos seres (sean o no de ficción) que llevan sus espaldas cargadas de frustración. Es alguien que ve desde la azotea de un edificio regueros de hormigas que, atareadas, no paran yendo de un sitio para otro. Hasta que decide bajar a la calle. Entonces descubre que esas hormigas son distintas a él pero, a la vez, iguales. Entonces decide que es necesario ponerse a escribir.

“El autobús perdido” es una oportunidad para reencontrarse con uno de los pioneros de un género reconocible en la literatura norteamericana: la trastienda de ese sueño americano que más arriba cité. También es una oportunidad para volver a comprobar el brillante uso que Steinbeck hace del papel de la naturaleza como interlocutora y contraste: cuando las páginas de la novela de Nórdica se detienen a observar el paisaje, surgen fragmentos como el que sigue: “La luz se iba abriendo camino por el cielo y sobre las montañas. Llegó el amanecer incoloro de grises y negros, de modo que lo que era blanco y azul se veía pla-



teado y rojo y lo que era verde oscuro se veía negro”.

Si a la Marvel o a DC Cómics les diera por iniciar una serie de tebeos en los que los superhéroes fueran conocidos escritores de la literatura universal, Steinbeck sería un serio candidato. Para facilitarles la tarea, recordemos, en palabras del crítico Javier Aparicio Maydeu, los orígenes de los superpoderes del premio Nobel: “Aprendió del norteamericano Frank Norris y de otros pioneros lo que representa el naturalismo: el fresco histórico, el determinismo biológico y social de la conducta del individuo, la idea de que puede existir un instinto colectivo, el análisis de la naturaleza humana y su escisión en individuo y en grupo. Aprendió de Jack London y de su narrativa nacida de la naturaleza; de Herman Melville y de la novela de aventuras cimentada en la épica y en un puñado de héroes luchando por la vida”.

JOHN STEINBECK
El autobús perdido
► Traducción de Federico y Antón Corriente
NÓRDICA, 335 PÁGINAS, 22,50 €

Un dios antiguo

Mariana Enríquez reinventa la narrativa de terror en *Nuestra parte de noche*

TERROR

Ricardo Menéndez Salmón

» Un logro pavoroso. Así podría resumirse *Nuestra parte de noche*, novela con la que Mariana Enríquez reinventa la narrativa de terror, los escenarios con casas encantadas, la literatura de la conspiración y la paranoia. Todo en este libro enfermo e infeccioso apunta al diálogo con formas reconocibles y asumidas de cierta gramática de género, pero lo hace para dinamizar y dinamitar sus límites. Hay aquí una sociedad hermética, la Orden, y un principio arcano, la Oscuridad; hay una división del mundo en víctimas y

verdugos, agentes y pacientes, casta rectora y carne para la bestia; hay una sucesión de brujos, médiums, testafierros maléficos; hay un enigma extravagante, hechizos de distinto signo y una voluntad férrea, la conquista de la inmortalidad, factores que han venido nutriendo desde antiguo la novela fáustica y la mitología del monstruo, de Bram Stoker a Stephen King, pasando por Gustav Meyrink.

Mérito de Enríquez es haber insertado estas piezas en un escenario más resonante, donde la pesadilla encarna en lo íntimo y en lo colectivo, en la provincia familiar y en el mapa epocal. Por un lado, la novela se puede leer como una radiografía política de la Argentina de los últimos cua-



Mariana Enríquez. WIKIPEDIA

renta años del siglo XX; por otro, admite contemplarse como la disección de una patología, una historia de amor desesperada y bellísima entre un padre herido, inolvidable, Juan, un hijo marcado por el don de la revelación, Gaspar, y una madre robada, insoportablemente humana, Rosario, cuya vida transcurre entre hombres dominados por el aura de la magia, la tiniebla, el poder de decidir acerca de la vida y la muerte.

Enríquez disecciona los susurros de esta peripecia con una dicción precisa, muy eficaz, de

engañosa sencillez, para colocar en su centro, en el corazón filosófico de esta notable obra, una evidencia antropológica tomada de Zora Neale Hurston, una de las figuras más seductoras de la Harlem Renaissance de los años 20. Esa idea capital, en torno a la cual transcurre la estructura privada y pública de *Nuestra parte de noche*, sostiene que los dioses se comportan siempre como las personas que los han creado. Y hay en la novela, latente y manifiesto, voraz, caprichoso, insaciable, un dios antiguo, un dios con hambre, un dios fétido y caníbal, enésima reencarnación de Moloch, cuya resistencia a desaparecer conforma las páginas más poderosas de este libro y cuya evidencia a la hora de manifestarse dibuja paisajes aterradores, que dialogan con El Bosco, con la lógica de los crematorios, con las aberraciones de la pasión humana por infligir daño.

No se sale indemne de esta obra, de una belleza helada e incómoda, y que logra algo tan

misterioso como que las palabras, las simples, cotidianas palabras, puedan engendrar miedo. Al menos yo lo he sentido, con una rara sensación de gratitud y asombro, cuando Enríquez hace decir a Luis, uno de sus mejores personajes, una frase que quizá resuma lo que significa este libro extraño y poderoso: «Hacemos ruido para tapar el agujero que tenemos dentro».



MARIANA ENRÍQUEZ
Nuestra parte de noche
► ANAGRAMA, 680 PÁGINAS, 22,90 €